

# **El asesino no las quiere rubias**

*(Una novela “blanca” de Detectives Privados)*

C. M. Federici

## **13. GENS DE METIER**

**¿C**ÓMO funciona la mente de un asesino? ¿Qué tenebrosos instintos disparan los resortes que lo impulsan a alzarse por encima de normas jurídicas y principios éticos, sin parar mientes en el juicio de la Sociedad o aun en el hipotético Castigo del Cielo?

¿Perversidad congénita? ¿Deficiencia mental..., o psicosis? ¿O bien, como sostuvieron entre otros De Sade, Dostoievsky, Graham Greene y Colin Wilson, el simple hastío? “La mente humana”, escribió este último autor en la introducción a su *Enciclopedia del Crimen*, “llega a alcanzar un cierto límite de tedio e indiferencia, más allá del cual no puede ya reaccionar ante el estímulo del placer, pero sí ante el dolor y la desgracia...” ¿Es el asesino un ser hasta tal punto hastiado de lo cotidiano, que sólo halla solaz en la violencia letal?

Preguntas de este tipo han perturbado durante siglos a los más encumbrados intelectos de cada generación sucesiva; no obstante, los delitos de sangre continúan perpetrándose, sin que la interpretación o dilucidación definitiva en cuanto al peculiar proceso mental que desemboca en tales aberraciones antisociales haya podido vislumbrarse siquiera. El asesinato parecería inherente a las sociedades humanas, sea cual fuere su grado de civilización. Incluso aparece en porcentajes más altos cuanto más elevados demuestran ser, precisamente, la cultura y el avance tecnológico. Entre tanto, los estudiosos siguen devanándose los sesos, aunque la respuesta que buscan se empeña en eludirlos.

**J**UAN Carlos distaba de ser un lucubrador. Hombre práctico al cien por cien, no generalizaba, de manera que ni rozaba su mente otra interrogante que no fuese la singular y concreta de: “¿Quién fue el desgraciado que ultimó a mi padre?”, combinada con una inquietud anexa e indivisible: cómo ponerlo al descubierto, a fin de que la ley ejerciese su sanción.

Cuando empujó la puerta del comandante de la División Homicidios, con Virginia Linares a la zaga, venía a paso de carga; muy posiblemente aquel empujón pecara de vigor excesivo.

La hoja de la puerta dio con violencia contra el muro adyacente, y el comisario Callaza pegó un respingo, con el resultado de salpicar en derredor parte del té que contenía su taza.

—¡Epa! —protestó—. ¿Qué es esto, el malón?

—Perdone, Callaza. —Juan Carlos se plantó ante él, las palmas sobre el escritorio, los anteojos a pocos centímetros de la nariz del jerarca de Homicidios—. Se trata de mi padre. ¡Quiero...!

Callaza se levantó y puso las manos en los brazos del exaltado joven. Creía saber cuál era el demonio que soplabla su aliento incandescente en los talones de Juan Carlos Dorteros, así que se anticipó:

—¡No te preocupes, botija! Voy a intervenir en tu favor, ¿sabés? ¡En menos de veinticuatro horas podrás disponer de los restos! Todos queremos que el querido amigo descansa en paz, que bien se lo merece... ¡Ah, señorita Linares! ¿Cómo está? ¡Veo que nos cuidó bien al muchacho! Me alegra verlo tan repues...

Pero se detuvo. Juan Carlos sacudía la cabeza y agitaba las manos.

—¡No, comisario, no! —dijo—. ¡No vine por eso! Le agradezco sus buenas intenciones, y sé bien cómo apreciaba a papá, y también que el de ustedes era un sentimiento mutuo... ¡Pero no son las exequias lo que me preocupa ahora!

—¿N-no? —Callaza miró a la chica, con desconcertado parpadeo.

—¡Quiero saber a quién llamó mi padre antes de que lo mataran! —exclamó Juan Carlos—. Me parece que usted mencionó algo relativo a...

—¡Ah, sí! —repuso Callaza—. Llamó a Punta Azul, al actual comisario de la zona, Murúa, que es amigo de él y mío, y pidió un “fax” de...

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —Juan Carlos levantó la voz en un casi alarido triunfante, que provocó una mirada interrogativa de Callaza a Virginia, con un meneo desmayado de cabeza por parte de ella, a modo de respuesta—. ¡Eso es! ¿Pero no lo ven? ¿No se dan cuenta?

**C**ALLAZA suspiró interiormente. Había presenciado infinidad de casos semejantes... La muerte repentina de un ser querido suele inducir esos estados de euforia, secuela de la depresión inicial ante la tragedia irreparable. Con suavidad, tiró de un brazo del joven detective, para obligarlo a acercarse a una silla.

—Vamos por partes, ¿eh? —sugirió, en tono calmoso—. Sentate, y hablamos de todo eso... ¿No se toman un tecito, muchachos? Digo, porque yo el café ya ni lo pruebo. Si gustan...

—¡“Fax”! —persistió Juan Carlos, pugnando por vencer la resistencia de Callaza, quien a su vez se empeñaba en mantenerlo pegado a la silla—. ¡Empieza por las letras “F-A”! ¡Eso era lo que trataba de escribir mi padre cuando...!

La frente del comisario onduló en marea ascendente de arrugas.

—¿Eh? ¿“Fax”..., no “Farrazzini”?

—¡Exacto! No denunciaba a ningún asesino...; ¡nos decía que la clave estaba en el “fax” que Murúa le mandó! ¡Vamos, Callaza! ¿Qué sabe de eso, por amor de Dios?

Callaza se sintió como de noventa años. Los hombros perdieron su petulancia y la frente se inclinó hacia tierra. Sus dientes sintéticos hirieron un labio insensible.

—No me dijo nada —masculló—. ¡Ni se me ocurrió preguntarle!

—¡Pero podemos llamar a Murúa nosotros! —apremió Juan Carlos. Inconsciente de ello, sacudía sin miramientos a su maduro interlocutor—. ¡Con seguridad que papá se llevó el “fax” para exhibirlo ante el asesino, y a estas alturas éste lo habrá destruido! ¡Hay que pedirle un duplicado a Murúa!

Un rato después, merced al prodigio tecnológico, amén de la buena disposición del tal Murúa, obtenían un documento similar al que la noche previa recibiera Dorteros.

Virginia palideció, expectante. A Juan Carlos le temblaban los dedos al sostener el papel ante sus ojos. Callaza entornó los suyos, signo en él de excitación contenida.

—¡El degollador de San Fernando! —murmuró el joven investigador—. ¡Conque eso era!

—Más de una vez comentamos el caso —dijo Callaza—. Fue hace como diez o doce años, en la ciudad de San Fernando, más a o menos a unos ocho kilómetros de Punta Azul... ¡Y jamás se aclaró!

—**N**UNCA lo había oído mencionar —terció Virginia—. ¿Se trata de algún psicópata homicida?

—Tuvo todas las características —explicó el comisario—. Víctimas aparentemente desvinculadas entre sí..., ausencia de motivaciones plausibles... ¡La única característica común a todas las mujeres asesinadas eran sus *cabellos rubios*! A lo que parecía, el criminal alentaba una especie de fobia contra las mujeres rubias...

—¿Y ustedes creen que quien haya matado a Lucy...?

—¡Hay algo más que eso, Virginia! —cortó Juan Carlos, con tumultuoso chispear de las grises pupilas—. ¡El viejo tenía una teoría propia sobre el caso..., y estaba estudiando la forma de comprobarla!

—¿De veras? —Callaza se tentó la calva con la yema de un dedo—. ¡Nunca me habló de eso!

—Era como un “hobby” suyo: ponerse a estudiar y clasificar casos sin resolver, de preferencia raros y complejos. Formó todo un archivo, y hasta creo que tenía pensado escribir un libro sobre ese material; pero lo dejó al retirarse. ¡Creo que estaba muy resentido por la jubilación forzosa que le impusieron!... Tanto es así, que abandonó todo el material en Punta Azul, al cuidado de su sustituto.

—Pero, en fin —interrumpió Callaza, no sin cierta impaciencia—, ¿en qué consistía esa dichosa teoría suya?

—Bueno —repuso Juan Carlos—, a decir verdad no llegamos a discutirla en detalle... Pero supongo que lo esencial radicaba en que papá no creyó nunca en la hipótesis del psicópata criminal... Es decir —agregó, frenando la protesta latente en Virginia—, aun si se considera que todo asesino es, en mayor o menor grado, mentalmente anormal, éste no lo era en el sentido de salir a “correr el amok”, o sea matar *indiscriminadamente*. ¡Por el contrario, él se atenía a un plan trazado con suma astucia!

**C** ALLAZA asintió con la cabeza, en ademán de entendimiento.

—Ya veo —dijo—: A, B, C, D, E..., ¡pero el blanco es sólo uno de ellos!

—¡Justamente! —aprobó Juan Carlos—. Como decía Ellery Queen, “el gato de muchas colas”... Aclaro que yo no creía que algo así pudiese ocurrir en la vida real; pero evidentemente mi padre sí.

Virginia volvía la vista de uno a otro de los hombres, tal como si disputasen un partido de tenis, en vez de dialogar. Sentía que estaba perdiéndose irremisiblemente en un dédalo de sobrentendidos al que no estaba a su alcance ingresar. ¡Y ella necesitaba comprender!

El clima le resultaba casi asfixiante en el reducido despacho de Callaza. No había ventanas ni ventilación, y la fuerte luz del techo despedía ondas de sofocante calor. Desde los muros, cuya pintura se desprendía a trozos, la miraban siniestros semblantes criminales. Unos cuantos de ellos, notó la chica, ya amarilleaban. Sin duda aquellos requeridos se las habrían compuesto para hurtarle el cuerpo al Largo Brazo por más tiempo del que el pudor social prescribe... Viejos archiveros, rebosantes de fichas celestes y rosadas, henchían sus senos metálicos con la quintaesencia de la sevicia humana. Era un mundo extraño y hostil para la psicóloga, quien de buena gana habría salido a escape de allí. La retenía, empero, el afán de llegar al fondo de aquel enigma... y conocer la identidad del asesino.

Ellos habían hablado de “A, B, C...” en forma misteriosa; también mencionaron, recordó, al novelista Ellery Queen (\*), del cual (a pesar de no haber leído ninguno de sus libros), había oído decir que se le consideraba uno de los maestros del enigma criminal en literatura, pintoresco además por tratarse de un personaje ficticio, un seudónimo que compartían dos autores, primos entre sí, o cosa por el estilo, amén del nombre del protagonista de las novelas... ¿Pero cómo se relacionaba todo eso con la muerte de la desdichada Lucy García? Virginia no era aficionada a los relatos policíacos, ni tenía noticia, por otra parte, de que Juan Carlos lo fuese.

Se interpuso entre los dos investigadores. ¡Una lástima si con ello interrumpía el flujo de alguna brillante corriente de razonamientos! Pero le era imperativo participar. ¡No podía consentir que se la marginase!

—¿Q UIEREN explicarme de qué cuernos hablan? —profirió, encendidas las mejillas—. ¿Qué es esa jergonza del abecé y de Ellery Queen? ¿Qué tiene que ver con el asesino que buscamos?

—La chica tiene razón —admitió Callaza, pasado el sobresalto provocado por la explosión de la resentida jovencita—. Nos estamos olvidando de las buenas maneras... Perdone, por favor, Virginia: ¡lo que pasa es que su novio y yo nos comprendemos a la perfección!

El rubor de ella se acentuó.

—No es mi novio —aclaró—; pero vayamos a lo que importa. No se trata de simple curiosidad femenina, créame, comisario: es que me siento responsable por Lucy, que fue mi paciente, y además lamenté muchísimo lo del papá de Juan Carlos, un señor tan bien... ¡Déjeme tomar parte en la búsqueda!

Luego de que se hubieron sentado, a indicación de Callaza (cuya permanente

(\*) Seudónimo adoptado por una pareja de célebres escritores del género policial, Frederick Dannay y Manfred B. Lee, creadores de una serie de novelas protagonizadas por el detective “Ellery Queen”.

hosquedad parecía evaporarse ante la presencia de la agraciada psicóloga) y de que el comisario hubo mandado traer sendas tazas de té, Virginia fue reivindicada.

**—P**ARA ponerla al corriente —comenzó Callaza—, lo que consideramos con Juan Carlos era la posibilidad de que los famosos crímenes de “El Degollador de San Fernando”, perpetrados unos doce años atrás, e investigados extraoficialmente por nuestro querido e infortunado amigo Dorteros, no hubiesen sido obra de un psicópata que “corriera el amok” (como decía hace un ratito Juan Carlos), sino, por el contrario, de alguien que se hubiese propuesto hacernos pensar eso... con toda deliberación.

—¿Con el objeto de confundir a los investigadores?

—¡Exactamente, señorita! Para ponérselo más claro: X (nuestro criminal anónimo), desea matar al señor C, digamos que para heredarlo. Dado que, de cometer ese homicidio sin más ni más, automáticamente se convertiría en el sospechoso más lógico...

—Y, a diferencia de lo que dicen las novelas —intervino Juan Carlos—, en el más probable culposo...

—...entonces —prosiguió Callaza—, y supuesto que carezca de escrúpulos morales, el tal X procede a liquidar a A y B (dos perfectos extraños, por completo ajenos al conflicto); luego asesina a C, que es el único con quien podría relacionársele y despertaría, en consecuencia, las sospechas de los investigadores. A fin de evitar que tales sospechas tomen entidad, X selecciona otras víctimas al azar: D, E, F... y cuantas más se atreva, o se vea impulsado, a sumar a su macabra lista. ¡Es ni más ni menos que un método para desviar las sospechas hacia “persona o personas desconocidas”, como suele decirse!

—¡Y mejor todavía —añadió Juan Carlos—, si cuenta con la imaginación suficiente para aderezar sus crímenes con algún detalle exótico..., como podría ser extremo sadismo, insinuación de cualquier clase de fobia... o incluso predilección por las rubias!

—¡Horrible! —Virginia se estremeció.

**—P**UES para los novelistas, como Ellery Queen, resulta fascinante material narrativo —dijo Juan Carlos—. ¡Claro que cuesta concebir que algo así pueda suceder en la vida cotidiana!

—Sin embargo —manifestó el comisario—, existen ejemplos bien documentados, que le pondrían los pelos de punta a la señorita, si se los detallase...

Se hizo silencio. Callaza lanzó una seña a Virginia, ofreciéndole más té, y ella asintió sin pronunciar palabra. Juan Carlos soplabla sobre su segunda taza, al tiempo que observaba las reacciones de la muchacha con aire especulativo. Si alguien quiere inmiscuirse en el mundo criminal, se dijo, tiene que pagar “derecho de piso”. ¡Ya se acostumbraría ella..., o bien los dejaría ocuparse a ellos dos de todo, como correspondía!

De pronto la mirada inquisitiva de Virginia le pesó en la cara, y estuvo a punto de ceder al rubor. Bajó la vista y fingió revolver abstraídamente con la cucharilla, como si acabase de azucarar el té.

—Ahora que ya poseo los *fundamentos* —dijo la joven, con cierta aspereza de tono, en tanto no dejaba de mirar a Juan Carlos—, ¿me pueden decir, concretamente, si lo que ustedes piensan es que el caso que ahora nos ocupa entra en la categoría a la que se hizo referencia?

—No —respondió Callaza—. Aquí no existe el... patrón vinculante. Una chica insignificante, con afanes de notoriedad..., un psicoterapeuta que extorsionaba a sus pacientes..., un individuo extraño, de tendencias semiparanoicas... —El comisario meneó la cabeza—. No, no encuentro ninguna conexión entre esos crímenes que justifique el pensar...

—Se olvida de mencionar los otros dos, Callaza —apuntó Juan Carlos, con estudiada frialdad—. Un... comisario de policía retirado, y un funcionario público con grado de Secretario. ¡Los cuales tienen todavía menos conexión con los demás, al menos a primera vista!...

**V**IRGINIA alzó una mano. Tenía los ojos semicerrados, como Juan Carlos jamás se los viera. Parecía sumamente concentrada en su razonamiento.

—¡Un momento! —exclamó—. Si dejamos aparte por ahora a esos dos últimos, me parece que *sí* existe una relación entre los otros.

—¡Claro! —saltó Juan Carlos, algo desdeñoso—. Las heridas son todas de arma blanca. ¡Pero eso ya se sabía!

—No hablaba de las heridas —replicó ella—. Es otra cosa: ¡todos esos crímenes, de un modo u otro, tienen que ver con *mujeres rubias!*

**L**OS OJOS del joven detective privado relucieron a través de las gafas.

—¡Bien observado! —aplaudió—. Lucy García, con peluca rubia...

—...¡Que el asesino intentó quitarle! —completó Callaza.

—Luciano Di Reggia —siguió Juan Carlos—, que tenía obsesión con las rubias..., ¿y quizás murió por esa causa?

—¡Y Raskowsky —terció Virginia, excitadamente—, que estaba cautivado por Esmeralda, una rubia seductora! ¿Lo habrán matado... para castigarlo por eso?

Callaza se inclinó sobre el escritorio, ante el cual se hallaba sentado. Sus puños reposaron sobre la madera, fuertemente apretados.

—Y... el Degollador de San Fernando —silabeó con lentitud—, sólo mató... mujeres rubias.

Se miraron, con ojos brillantes.

—¡Al parecer, todo concuerda! —concluyó Juan Carlos. Enseguida, en tono bastante menos entusiasta, añadió—: A menos que todo sea una artimaña del criminal..., ¡para inducirnos a creer precisamente en lo que no es cierto!

Virginia sintió que el ánimo se le venía al suelo.

La mentalidad criminal le estaba resultando demasiado compleja para su salud mental.

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

### ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

**policíacos, de fantasía y de ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

**Panorama de su obra en:**

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

**SÍ A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:**

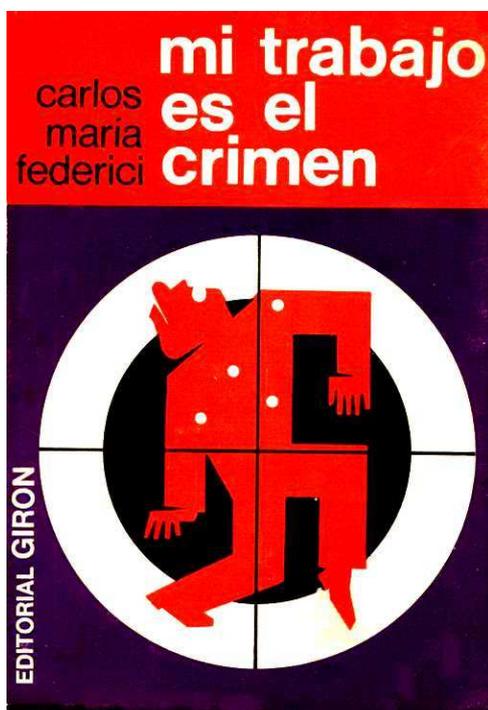
[cmfederici@hotmail.com](mailto:cmfederici@hotmail.com)

## Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



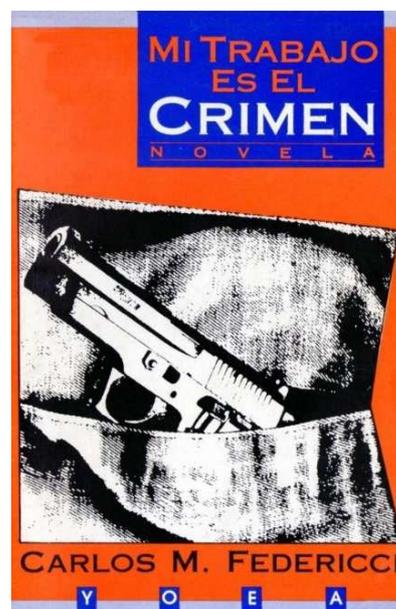
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

**La orilla roja, 1972**

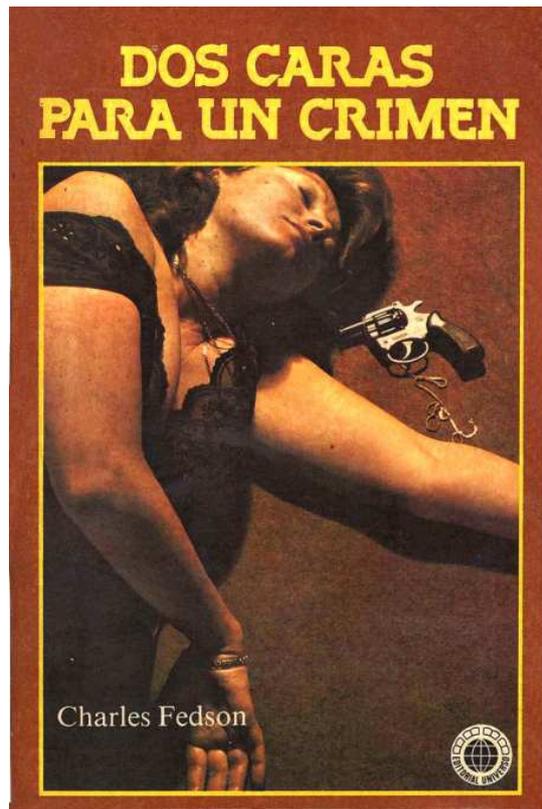


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

**Mi trabajo es el crimen, 1974**



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...

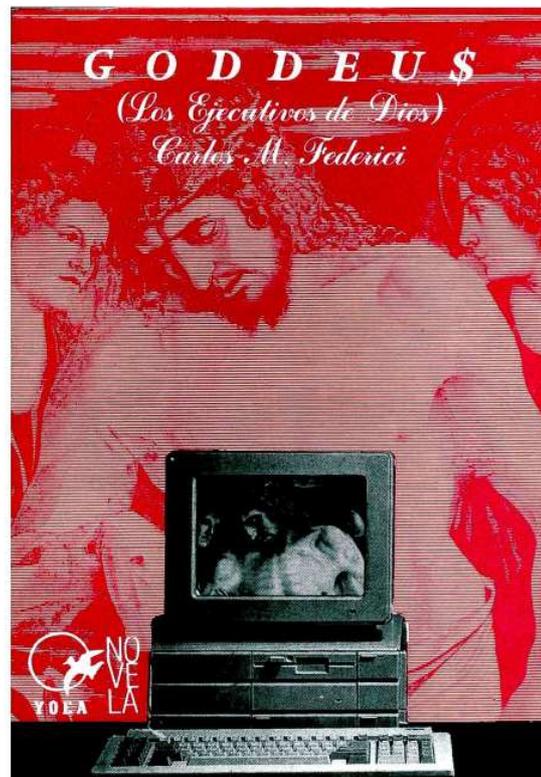


Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:  
*La ovilla roja* (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.  
*Mi trabajo es el crimen* (Montevideo 1974)  
*Los caras para un crimen* (México 1982)  
**GODDEUS, los Ejecutivos de Dios,** excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.  
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA  
 YOE LA



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989